

INVASIÓN DE WALKER

Colonización de Kinney. —Independencia de San Juan del Norte. —Salida de Walker. —Su desembarco en Rivas. —Ataque y derrota. —Regresa a León. —Dificultados con Muñoz. —Concesiones a Cole. —Nueva expedición. —El cólera en Managua. —Auxilios a Guardiola. —Sale Muñoz a batirlo. —Victoria y muerte de éste. —Sale Walker para Rivas. —Órdenes de Castellón. —Lo burla Valle. —Acción de «La Virgen». —Derrota de Guardiola. —Corral sale a campaña. —Muerte de Castellón. —Le sucede Escoto.—Toma de Granada. —Regreso de Corral. —Pláticas de arreglo. —Proclama de Walker. —Rehenes que toma. —Baladronadas en Masaya. —Fusilación de Mayorga. —Capitulación de Corral. —Organización del nuevo Gobierno. —Conducta de Estrada. —Actitud de los leoneses. —Proceso y muerte de Corral. —Situación del partido democrático.

Cuando Walker se dirigía de San Francisco al Realejo, dos norteamericanos, los Coroneles Kinney y Fabens salían de Nueva York, por la vía del Atlántico a colonizar, según decían, el territorio de San Juan del Norte.

El 6 de septiembre de 1855 hubo en el puerto de San Juan una reunión convocada por los titulados colonizadores, en la cual fue proclamada la independencia del mismo puerto, con un gobierno, también independiente, presidido por el Coronel Kinney, quien a su vez organizó una especie de ministerio y fundó un periódico oficial con el título de *El Centro-Americano*.

Mientras tanto, Walker, a quien dejamos en el Realejo, se hizo nuevamente a la vela en el *Vesta*, llevando a su bordo la falange y un refuerzo de más de cien nativos, al mando del Coronel leonés don Mariano Méndez.

El 27 desembarcó sigilosamente en las costas de Brito y se internó a Rivas; pero la plaza estaba cubierta por tropas legiti-

mistas, que había enviado Corral, a quien Muñoz dio un oportuno aviso.

Al romperse los fuegos, Méndez abandonó el campo con la tropa leonesa y la pequeña escolta americana fue completamente batida el 27 del mismo mes, dejando once muertos.

Walker con los 43 hombres restantes pudo escapar por el lado de San Juan del Sur, donde se apoderó de la goleta *San José*, en la cual se trasbordó al *Vesta* que lo condujo nuevamente al Realejo, el 1 de julio siguiente.

Castellón, con su habilidad diplomática de siempre, mandó a felicitar a los americanos por su intrépido comportamiento en Rivas y a invitarlos para que se trasladaran a León, cuya plaza se encontraba entonces amenazada por Corral, quien había avanzado hasta Managua con todo el grueso del ejército legitimista.

Walker acusaba a Muñoz de traición y exigía que se le castigara; pero Castellón lo aplacó, reconociendo la justicia del cargo y dejando el escarmiento para más tarde, en atención a las difíciles circunstancias que atravesaba.

Poco después el antiguo diplomático reunió en su casa a los dos jefes enemigos y logró reconciliarlos.

Muñoz propuso entonces que los americanos fueran divididos en guerrillas y que cada una de éstas se agregara a los varios cuerpos del ejército democrático. Walker comprendió bien, que se trataba de dividir y anular su falange y contramarchó para Chinandega, con resolución aparente de regresar a San Francisco de California.

Toda la ambición de Walker era apoderarse del departamento Meridional y con éste la línea de tránsito interoceánica, para procurarse hombres y recursos con que adueñarse de Nicaragua.

Byron Cole, que era socio y confidente del jefe filibustero, se quedó en León explotando diplomáticamente a favor de su socio, la situación aflictiva de Castellón. Éste consintió en que se modificara el contrato primitivo, autorizando a Walker para que pudiera enrolar hasta trescientos americanos en servicio de Nicaragua, ofreciéndoles cien pesos mensuales de sueldo y quinientos acres de tierra al terminar la campaña.

Cole obtuvo también de Castellón una autorización en forma, para que Walker pudiera arreglar todas las divergencias y cuentas pendientes entre el Gobierno y la Compañía de Tránsito.

Tan luego como el jefe filibustero recibió de Cole tan preciosos documentos, resolvió dirigirse a Rivas; pero deseoso de dar una sorpresa, propaló que se marchaba para Honduras en auxilio de Cabañas.

En el entretanto, el cólera morbo apareció en Managua y en pocos días asoló al ejército legitimista.

Corral, en vez de marchar precipitadamente sobre León, para llevar el contagio al enemigo, en caso de que su esfuerzo se malograra, se contentó con ver morir apestados a todos sus hombres, hasta quedar reducido su ejército a un pequeño cuadro de oficiales con el cual regresó a Granada.

Cuando esto sucedía, el Gobierno legitimista dio un auxilio de trescientos hombres al General don Santos Guardiola, emigrado hondureño, para que expedicionara por Nueva Segovia y se internara a Honduras a molestar a Cabañas.

La noticia del auxilio dado a Guardiola llegó muy pronto a León; y no teniendo que temer ya nada de Managua, Castellón hizo salir a Muñoz con fuerza suficiente para que impidiera los propósitos del Gobierno de Granada.

El 18 de agosto se encontraron ambos ejércitos en el pe-

queño pueblo de El Sauce, y después de seis horas de combate fue derrotado Guardiola; pero el jefe victorioso quedó muerto en el propio campo de su gloria.

La muerte de Muñoz fue en aquellas circunstancias una verdadera pérdida para todo Centroamérica. Sus talentos militares, su dilatada experiencia, y sobre todo, su odio a Walker y a la intervención de todo elemento extraño en nuestras contiendas civiles, lo hacían indispensable en aquella época de ofuscación y exaltamiento, para impedir la preponderancia que el filibusterismo adquirió más tarde en nuestro suelo.

Según se dijo por la prensa oficial de El Salvador, el General Muñoz había consentido en ponerse al frente de la revolución democrática, porque impresionado con el carácter destructor de la guerra que se hacían leoneses y granadinos, pensó que todavía era posible regularizarla y poner término a los desastres y la anarquía.

Walker aprovechó las circunstancias extraordinarias del Gobierno de León, aturdido con la pérdida de Muñoz, para salir del Realejo con la falange americana y con una división voluntaria de ciento setenta nativos que le proporcionó el Coronel don José María Valle, Subprefecto de Chinandega, quien también se enroló en la expedición, a pesar de las repetidas prohibiciones del gobierno provisional.

Castellón intimidado con las reflexiones de Muñoz y de don José María San Martín, Presidente de El Salvador, que en el seno de la confianza le escribía previniéndolo contra los filibusteros, se oponía a la salida de Walker, y sobre todo, a que se le diera el menor auxilio; pero como hemos visto, Valle, o sea el antiguo *Chelón*, burló sus órdenes.

El 23 de agosto, el *Vesta* se hacía por tercera vez a la vela conduciendo a Walker y a sus compañeros.

El 29 arribó la expedición a San Juan del Sur, desembarcó sin oposición el 2 de septiembre, y el 3 llegó a «*La Virgen*» en donde fue atacada por Guardiola, quien comandaba un ejército de seiscientos legitimistas escogidos.

A las pocas horas de fuego, Guardiola, aterrorizado por los rifles americanos, huyó despavorido, dejando en el campo sesenta muertos y muchos heridos.

Tan rudo golpe para los legitimistas, hizo salir a campaña al General en Jefe Corral, a la cabeza de mil hombres, se-dientos de tomar el desquite.

Corral, sea por temor, sea por carácter, pues era bastante apático, perdió lastimosamente el tiempo en Rivas sin atacar a Walker, cuya fuerza se engrosaba más y más cada día.

Después de la vergonzosa fuga de Guardiola, el jefe filibustero hizo curar a los heridos, trató bien a los prisioneros y supo inspirar confianza a todos. De esta suerte, los amigos de los democráticos y aún muchos legitimistas de los castigados en Granada por no haber concurrido a sostener el sitio, se presentaron voluntariamente y empuñaron las armas que dejó abandonadas Guardiola, gustosos de servir a un jefe que no usaba de violencias con nadie.

Además de los muchos que se le presentaron en «*La Virgen*» Walker vio engrosado su ejército con una columna de treinta y cinco buenos rifleros, que le llegaron por el *Sierra Nevada*, vapor de la Compañía de Tránsito, y con igual número de voluntarios leoneses, que condujo la goleta *San José*.

El gobierno provisional de León estaba entonces servido por el senador don Nazario Escoto, sucesor del licenciado Castellón, a quien el cólera arrebató la vida el 8 de septiembre de 1855, momentos después de haber recibido la noticia, para él desagradable, del triunfo de Walker sobre Guardiola.

Todo parecía favorecer entonces los proyectos ambiciosos del caudillo aventurero. La espada de Muñoz y la intriga de Castellón, que pudieron cortar su carrera, no existían ya; el brillante ejército de Guardiola se desbandó a su sola vista, dejándole un rico armamento; y en aquella hora, en que era dueño de hacer su voluntad y en que contaba con hombres, recursos, elementos y prestigio, la suerte puso en sus manos comunicaciones escritas, que llevaba un correo expreso a Corral, y en las cuales se daba cuenta del desamparo en que había quedado la plaza de Granada.

Rápido, como siempre, Walker sin atender más al jefe legitimista, que nunca acababa de prepararse para atacarlo, se embarcó en unos de los vapores del lago y sorprendió a Granada, en la madrugada del 13 de octubre de 1856, tomando la plaza sin resistencia.

Corral, burlado en Rivas con su numeroso ejército, se puso a la cabeza de quinientos hombres escogidos y marchó precipitadamente a reconquistar la plaza perdida.

Siete leguas antes de llegar, en las inmediaciones del pueblo de Nandaime, encontró a varios comisionados de Walker que le propusieron la paz, a condición de que los dos caudillos gobernarán el país: Corral como Presidente y Walker como Comandante General de las armas.

Hacia muchos años que el jefe legitimista soñaba con la Presidencia de Nicaragua; y Walker sin saberlo, tocaba la cuerda más sensible de su corazón. Todo el coraje y la energía de que momentos antes parecía estar revestido Corral, desaparecieron como por encanto, halagado por la grata esperanza de la próxima realización de su ensueño más dorado.

No conocía a Walker; pero raciocinaba con sus deseos, y de seguro lo comparaba con Raoul, con Pierson y con los demás jefes extranjeros que tan útiles y fieles fueron al Gene-

ral Morazán, o cuando menos, lo conceptuaba un verdadero *suizo de espada*, de quien podría valerse eternamente, mediante buenas propinas.

En su ceguedad no reflexionaba que un americano del Sur de los Estados Unidos es incapaz, no diremos de subordinarse, de compartir siquiera su posición con un hombre de color, a cuya raza pertenecía el infortunado Corral.

La expedición, por tal motivo, en vez de continuar su marcha precipitada sobre la plaza de Granada, cambió tranquilamente de rumbo y se encaminó a Masaya, donde estaba refugiado el Presidente Estrada, con quien Corral necesitaba ponerse de acuerdo.

Tan luego Walker se adueñó de Granada, reforzó su ejército con cien prisioneros políticos que se hallaban en la plaza con cadenas y en trabajos forzados, y publicó una proclama muy estudiada, ofreciendo garantías de la vida, de la persona y de la propiedad a todos los que voluntariamente se le presentaran, sin distinción de colores políticos. Casi todos los vecinos, y entre ellos don Mateo Mayorga, ministro de Relaciones Exteriores de Estrada, se acogieron a la proclama y fueron garantizados.

Estaba alcanzado, en mucha parte, lo que Byron Cole y Walker habían proyectado el año anterior en la oficina del *State Journal* de Sacramento. Tratábase ahora de procurar un arreglo que restableciera la paz y dejara a Walker con las armas, para comenzar la explotación económica del negocio.

Mientras Corral se olvidaba del enemigo, conferenciando en Masaya con Estrada, Walker entendido ya con la Compañía de Tránsito, recibió por medio de ésta un refuerzo de sesenta norteamericanos más, procedentes de San Francisco.

La toma de Granada fue celebrada en León con loco en-

tusiasmo. Tampoco los leoneses conocían a Walker y pensaban poco más o menos lo que Corral. Así fue que en medio de la alegría pública, se organizó una columna de voluntarios democráticos y salió confiadamente a compartir con los americanos el triunfo alcanzado; pero al pasar por Managua fue sorprendida por el Coronel legitimista don Tomas Martínez y deshecha completamente.

Este triunfo, aunque de poca significación, envalentonó al Presidente Estrada y a los legitimistas de Masaya.

Las proposiciones de Walker fueron desatendidas; y éste, contrariado con tan inesperada resolución, tomó en rehenes a los principales vecinos de Granada, para tener a raya a Corral.

Al saberse la providencia de Walker, tan en pugna con su conducta anterior, la indignación fue general en Masaya. Desde el Presidente Estrada hasta el último soldado recordaban a Guzmán *el Bueno* de España y no se hablaba más que de imitarlo, atacando en el acto al jefe aventurero.

En medio de aquella excitación general, el Prefecto legitimista de Masaya, don Pedro Joaquín Chamorro, hermano del ex Presidente del mismo apellido, constituyéndose en eco del sentimiento público, dio a luz una enérgica proclama, en que recordaba los comportamientos de los españoles en los campos de batalla contra los franceses y excitaba al ejército contra los invasores, aun cuando para tomar la plaza peligrasen las familias y amigos que allí existían.

Las balandronadas de Masaya hicieron perder la calma a Walker. Pretextando que los legitimistas habían asesinado antojadizamente a algunos pasajeros americanos en «*La Virgen*» y en San Carlos, contestó la proclama de Chamorro mandando fusilar, sin ningún trámite, al ministro Mayorga.

La noticia de tan triste suceso, ocurrido en la madrugada

del 23, fue llevada a Masaya en el mismo día por comisionados de Walker, quienes se presentaron anunciando que éste se manifestaba decidido a fusilar a los otros rehenes, entre los cuales figuraba don Dionisio Chamorro, hermano del autor de la protesta, si a las nueve de esa misma noche no recibía una contestación favorable de arreglo. Esta misiva, la noticia exagerada de los refuerzos llegados a Walker, y sobre todo, una exposición en que los mismos prisioneros suplicaban se arreglara pacíficamente la terminación de la guerra, abatieron por completo la energía de los legitimistas, que acabaron por ofrecer que al día siguiente enviarían sus comisionados.¹

El día 23, poco después de las nueve de la mañana, entró Corral a Granada, acompañado de un piquete de filibusteros que fue a recibirlo al camino, y del mismo Walker que le aguardaba en las afueras de la población.

Los legitimistas del 23 de octubre no eran los mismos del día 19. En su aturdimiento por aplacar a Walker enviaban de comisionado al mismo General en Jefe de su ejército, que con el sólo hecho de pasar humildemente al campo enemigo, anunciaba que estaba rendido a discreción.

En el mismo día se celebró el tratado de paz, verdadera capitulación, en la que se aceptó todo cuanto quiso imponer el inflexible filibustero.

Corral apareció omnímodamente facultado por su Gobierno, y el convenio por su parte no necesitaba de ratificación; mientras Walker tenía especial cuidado de hacer constar, que carecía de facultades y que todo lo que se pactara había de sujetarse a la ratificación del Gobierno de quien dependía,

¹ Según informes verbales de algunos conservadores respetables, el General don Fernando Chamorro, su hermano don Pedro y algunos otros, nunca estuvieron de acuerdo con el paso de Corral—(N. del A.)

quedándole de esta manera una puerta franca para en caso de mal éxito.

Se estipulaba la terminación absoluta de la guerra y el nombramiento de don Patricio Rivas, hombre eminentemente pacífico y apartado de la política, para que gobernara por catorce meses el país, mientras se procedía a elecciones; pero el mando absoluto de las armas quedaba a Walker y la falange americana debía continuar en servicio del Estado.

Los ministros del Gobierno tendrían que ser cuatro, nombrados por el Presidente Rivas y tomados de los departamentos de la República.

Las fuerzas legitimistas y democráticas se reducirían a ciento cincuenta hombres por cada parte y serían comandadas las primeras por el Coronel Martínez en Managua, y por el Coronel Xatruch en Rivas.

Los gobiernos de León y Granada debían cesar desde el momento en que cada General les notificara el convenio; y cualquiera de ellos que se resistiera, tendría que ser tratado como perturbador de la paz.

Por último, Corral debía entregar el mando, armamento y municiones a Walker; el Gobierno tendría que residir en Granada; y ambos ejércitos quedaban obligados a cambiar sus divisas por un listón celeste en que se leyera: «*Nicaragua independiente*».

Cuando en Masaya se tuvo noticia del convenio, el desagrado fue general en el campo legitimista; pero Corral había tenido cuidado de cortar toda retirada, y se hizo necesario sufrir con paciencia la humillación impuesta.

El Coronel Martínez que estaba en Managua, al tener noticia de lo ocurrido escribió a León ofreciendo su ciega adhesión y la de su tropa, si unían sus esfuerzos contra Walker; y el

Coronel Xatruch, que estaba de Gobernador en Rivas, emigró a Costa Rica inconforme de ver a Nicaragua en poder de filibusteros.

Corral, sin embargo, se mostraba satisfecho de su obra porque creía de buena fe que habiendo sido tan generoso con Walker, hasta convertirlo en árbitro de Nicaragua, tendría que ser grato y no tardaría en ponerse a su servicio. Es probable también, que su mirada abarcara los próximos comicios electorales, de que Walker estaba excluido por su calidad de extranjero, y en donde las influencias del jefe de las armas podrían pesar bastante en su favor.

El 30 de octubre de 1855 llegó don Patricio Rivas a Granada e inmediatamente tomó posesión de su destino.

Durante dos o tres días Corral, que era el ministro de la Guerra, pareció ser el árbitro del nuevo Gobierno. Esto lo llenó de tanta satisfacción, que públicamente manifestaba que había ganado a los democráticos con su propio jefe.

El Presidente legitimista don José María Estrada, autorizó una protesta, el 25 del mismo octubre, en que hacía presente que había cedido contra su voluntad, y excitaba en ella a los Gobiernos de Centroamérica, para que salvaran a mano armada la autonomía de Nicaragua. Después de suscribir esta protesta, que tuvo buen cuidado de no publicar por entonces, envió comisionados a solicitar auxilios de los Gobiernos vecinos, y disolvió su Gabinete, retirándose a Honduras acompañado de unos cuantos jefes.

En León no fue tampoco bien recibido el tratado *Walker-Corral*; pero se tomó en cuenta que la aprobación encerraba un peligro menos próximo y se procuró sacar todo el partido posible, explotando con habilidad la nueva situación.

En consecuencia, se aprobó el convenio, se nombró a

Walker General de Brigada y se dispuso que una comisión de siete personas de las más notables, entre las que figuraba Jerez, pasara a Granada a felicitar al jefe filibustero por «*el éxito venturoso que habían alcanzado sus constantes esfuerzos*».

Desde la llegada de los comisionados leoneses todo cambió para Corral.

El Presidente Rivas colocó en el Ministerio de Relaciones a Jerez, caudillo de los democráticos; en el de Crédito Público a Ferrer, que también pertenecía al mismo partido; y en el de Hacienda, al americano Parker H. French, teniente de Walker.

Todo aquello era, por supuesto, obra del jefe filibustero; y Corral al verse solo, y en cierto modo befiado, se arrepintió de su cobarde capitulación y escribió a sus amigos de Honduras diciéndoles que estaba perdido todo, que era necesario que volaran en su auxilio.

La fatalidad parecía perseguir al jefe legitimista. Sus cartas cayeron en poder de Walker, al siguiente día de haber sido desarmado el ejército granadino, y el día 6 de noviembre fue reducido a prisión.

Walker como Comandante General proveyó un auto cabeza de proceso, mandando organizar un Consejo de Guerra en ese mismo día. Lo debían componer oficiales americanos subalternos.

Reunido el Consejo, Walker se presentó acusando a Corral por traición y sedición.

Abierto a pruebas el juicio, el mismo acusador sirvió de único testigo en contra del acusado.

Cerrado el debate, el Consejo pronunció sentencia de muerte en el mismo día de su instalación.

El día 7 Walker, juez instructor, acusador y testigo, confir-

mó en última instancia la sentencia del Consejo y mandó a ejecutarla.

El 8 de noviembre de 1856, a los veintiún días de la capitulación, el ministro de la Guerra expiraba en un patíbulo, ejecutado por verdugos norteamericanos.

Se ha dicho que Walker fue un abogado instruido y un aventurero de genio; pero la ejecución de Corral pone de manifiesto que no fue ni una, ni otra cosa.

El ministro de la Guerra no podía ser juzgado en plena paz por un Consejo de Guerra; y aún suponiendo de que tal absurdo jurídico fuera posible, el Consejo debió componerse de militares de su misma graduación y en él no debió aparecer nunca Walker haciendo de juez y parte al mismo tiempo.

Por muerte de Corral, ocupó su puesto en el ministerio, el licenciado don Buenaventura Selva, del partido democrático.

Walker quitó el mando de Managua al jefe legitimista Martínez, que huyó a Honduras; y la situación política quedó en absoluto entregada al partido democrático.